

## Algunas cuestiones básicas de la investigación comparada sobre la pobreza

Else Øyen

Se considera que los estudios comparados tienen un valor en sí mismos y arrojan nueva luz sobre las diferentes formas de pobreza, sus causas, las políticas para abordarla, el modo como la población se enfrenta con ella y sus consecuencias.

Pero en la base de la idea de llevar a cabo estudios comparados transnacionales<sup>1</sup> hay unos cuantos supuestos sobre la pobreza que no siempre resultan claros. Algunos supuestos podrían agruparse de la siguiente manera: 1) la pobreza puede verse como algo inherente a toda sociedad, cualquiera que sea su estructura social, económica y política. 2) Las diferentes manifestaciones de la pobreza pueden considerarse simplemente una cuestión de grado, en el que tal vez influyen determinadas políticas o ciertos planes estructurales. 3) En todo el mundo pueden encontrarse ciertos aspectos de la pobreza. Si a la pobreza se le ve como un fenómeno intrínsecamente diferente en los distintos países, el modelo para llevar a cabo investigaciones comparadas sobre este particular adopta una forma distinta de la que tendrían nuestros estudios si los basáramos en uno de los supuestos antes citados.

Estos supuestos se apoyan en otros relativos a: 1) una sociedad libre de pobreza; 2) una sociedad en la que la pobreza es aceptable únicamente hasta un determinado nivel; o bien 3) una sociedad cuyo objetivo más impor-

tante es reducir el actual nivel de pobreza.

A este último conjunto de supuestos se le suele atribuir un carácter ideológico o político, lo que responde a la estricta verdad. Sin embargo, tiene además importantes consecuencias metodológicas. Por otra parte, nos obliga a plantearnos la cuestión de saber si las investigaciones comparadas sobre la pobreza son diferentes de otros tipos de investigaciones comparadas en el ámbito de las ciencias sociales.

En principio la respuesta es negativa. Pero la realidad parece ser muy distinta. Por una parte, los intereses que intervienen son tales que hay una serie de individuos no investigadores que influyen considerablemente en la formulación de las cuestiones teóricas y metodológicas (Weinberg, 1985). Por otra, quienes trabajamos como investigadores, en nuestro deseo de ser útiles,

parecemos menos rigurosos y aceptamos como verdaderas un número mayor de afirmaciones no comprobadas que en otros campos de investigación. Esto ha traído como consecuencia una gran abundancia de investigaciones mediocres sobre la pobreza.

A la larga, las deficiencias de los estudios sobre la pobreza ponen en entredicho su objetivo de ayudar a los pobres. El fracaso de los organismos internacionales en su asistencia a los pobres radica en gran parte en la falta de teorías adecuadas con vistas a su intervención.

Else Oyen es profesora de política social en la Universidad de Bergen, Fasting Minde, N-5027 Bergen (Noruega). Autora de numerosos libros y artículos, relativos sobre todo a la política social y a las cuestiones metodológicas, es en la actualidad Vicepresidenta del Consejo Internacional de Ciencias Sociales (CICS) y encargada de un programa interdisciplinario de investigación comparada sobre la pobreza que se lleva a cabo con los auspicios del CICS.

## Medir la pobreza

Las investigaciones sobre la pobreza, tanto nacionales como comparadas, se han centrado en formular una definición universal o normalizada de la misma. Los economistas han elaborado una tradición investigativa en torno a la distribución de la renta como expresión de la pobreza. Una excelente revisión de las consideraciones metodológicas de ese enfoque figura en P. Ruggles (1990). La profesión médica utiliza el índice de mortalidad como su instrumento más poderoso de comparación internacional en lo que solía ser simplemente una evaluación de las condiciones de salud, pero se ha convertido paulatinamente en expresión de la pobreza de una determinada población.

Otra tradición investigativa ha surgido gracias a la utilización de indicadores sociales de los recursos humanos como definición ampliada de la pobreza. Ejemplos importantes son los estudios de la OCDE realizados en los años setenta, que más o menos se abandonaron en los ochenta, y los estudios recientes hechos en Escandinavia (Laginkomstutredningen, 1971; NOU, 1976:28; Hansen, 1978), operacionalizados en el marco teórico esbozado por Marshall (1964) y Titmuss (1968). El intento más reciente dentro de esta tradición es la elaboración de un índice de desarrollo humano que combina la renta nacional con dos indicadores sociales: la alfabetización de adultos y la esperanza de vida (Informe del PNUD, 1991). Por otra parte, la OIT mide el grado de pobreza en función del número de horas de trabajo pagadas que se necesitan para comprar determinados artículos en distintos países y diferentes profesiones (OIT, 1990).

Un elemento común a todos estos enfoques es la búsqueda de un parámetro que permita comparar la pobreza existente en un lugar (o momento) con la existente en otro lugar (o momento). Por inadecuados que sean, los instrumentos más precisos son el análisis de la distribución de la renta y el índice de mortalidad. La crítica más importante que suele formularse a este respecto es la limitación de la forma de pobreza que se mide. Puede ampliarse su alcance incluyendo una serie de variables sobre el modo de vida. Sin embargo, al margen de la selección de variables, se ha criticado, a menudo con sobrada razón, la utilización de

indicadores sociales, y ello por motivos metodológicos, teóricos e ideológicos.

El índice de desarrollo humano tiene un carácter pragmático en la medida en que sólo se sirve de datos disponibles en los países desarrollados y en desarrollo. La pobreza existente en un país se define como un resultado bajo (expresado como promedio nacional) del índice, en comparación con los de otros países. Desde el punto de vista teórico, se afirma que el índice refleja «aunque de manera demasiado confusa, la forma como el crecimiento económico se traduce en bienestar humano» (informe del PNUD, pág. 15). En el plano metodológico, se arguye que el índice «es una medida fiable del progreso socioeconómico» (*op. cit.*, pág. 15). Para los fines de la investigación, sería conveniente separar los supuestos subyacentes y la fundamentación teórica que permite utilizar el índice al mismo tiempo como medida de la pobreza, de la conversión del crecimiento económico en bienestar humano y del progreso.

En este punto podemos detenernos y formular al menos cuatro series de preguntas.

¿Es la noción general de pobreza que tenemos todos demasiado complicada para que pueda aplicarse? ¿Deberán limitarse las comparaciones acerca de la pobreza a un contenido o contexto más homogéneo y medir una variación más restringida de pobreza en países más semejantes entre sí?

¿Cómo nos las arreglamos con el experimento casi controlado que consiste en utilizar una medida normalizada de la pobreza en los distintos países? ¿O bien estamos en una fase intermedia en la que «puede aprenderse mucho poniendo sencillamente de relieve cómo las sociedades son similares o diferentes respecto de determinados asuntos de interés»? (Smeeding y otros, 1990:161).

¿Qué tipo de comprensión de la pobreza se obtiene con los diferentes índices e indicadores sociales? ¿Y qué tipo de comprensión de la pobreza se nos escapa al utilizarlos?

¿Hemos ido tan lejos como era posible en la elaboración de un instrumento válido y fiable para medir la pobreza en el plano internacional, o bien estamos apenas en los comienzos? Los estudios efectuados en diferentes países han puesto de relieve las causas y las consecuencias de la pobreza. Algunos de los resultados son contradictorios entre sí, mien-

tras que otros se sustentan mutuamente. Las tendencias de estos últimos constituyen una base para elaborar los índices e indicadores sociales. Pero ¿conocemos realmente la relación empírica entre los distintos indicadores de la pobreza? ¿Con qué precisión podemos describir la relación teórica entre los diferentes indicadores? ¿En qué medida son puramente ideológicos los conocimientos incorporados en los indicadores?

Gracias a las nuevas tecnologías, se están creando importantes bancos de datos que invitan a examinar cuestiones hasta ahora difíciles. El Estudio sobre la Renta de Luxemburgo (ERL) se ha elaborado en torno a uno de los grupos más amplios de microdatos económicos disponibles, que mide diferentes formas de ingresos en varios países (desarrollados) (Smeeding y otros, 1990). Con el tiempo se añadirán nuevas series de datos, entre otros los relativos a las medidas de tipo político. El problema que se plantea al ERL consiste, desde luego, en seleccionar las variables necesarias en tan gran cúmulo de datos. Cabría aconsejar que la selección se guiara por la teoría, ya que únicamente las teorías facilitan un marco adecuado para reunir y sintetizar datos (Lane, 1991). Pero esta opinión se basa en el supuesto de que existen teorías de la pobreza bien elaboradas, supuesto que con toda razón puede ponerse en tela de juicio.

## Concepto de pobreza

El debate de los años ochenta sobre si la pobreza puede definirse como un fenómeno relativo o bien con carácter absoluto, si puede trazarse objetivamente un umbral de pobreza y si pobreza equivale a desigualdad, es tan archiconocido de los expertos en ciencias sociales que no vale la pena repetirlo en este momento (Townsend, 1971; Sen, 1983; Sen, 1985; Townsend, 1985; Mack y Lansley, 1985; Piachaud, 1987; Veit-Wilson, 1987; Walker, 1987; Donnison, 1988; Ringen, 1988). El debate se basaba en una definición de pobreza como ausencia impuesta «de recursos materiales durante un cierto tiempo y en tal grado que resulta imposible o muy limitada la participación en actividades normales y el disfrute de comodidades y condiciones de vida que son habituales o que por lo menos son objeto de

amplio estímulo y aprobación en una sociedad». (Townsend, 1979: Cap. 27).

Si queremos utilizar esta definición en estudios comparados, puede ser útil separar las variables y enunciarla en términos más abstractos. En este caso la pobreza (P) se definiría como sigue:

«X, Y y Z han impuesto una falta de D durante T de una magnitud M1, lo que implica que la vida de A no puede ser como la de B y que la posesión de D1 y D2 que tiene B o que aprueba C es igual a cero o adopta el valor de M2.»

X, Y, Z: las fuerzas (procesos, causas, grupos) que crean o amplifican P

D: dimensión en la cual se evalúa P

T: unidad de tiempo

M: unidad de magnitud

A: población que se supone pobre

B: población que disfruta de lo que P no posee

C: población que afirma/cree/define que A es pobre o que carece de algo que permite calificar a A de pobre

U, W: consecuencia de P

La definición de Townsend entraña una ordenación causal de las variables que puede ilustrarse gráficamente.

Ciertas fuerzas se ponen en movimiento; un determinado sector de la población (o incluso la población entera, incluidos los pobres) apunta hacia ciertas dimensiones según las cuales se define la pobreza; aparecen los indicadores visibles de la pobreza; se trata el perfil de la población pobre; y ha aparecido el fenómeno de la pobreza; lo que a su vez tiene ciertas consecuencias (Gráfico 1).

Este modo de pensar puede utilizarse para clarificar variables en una perspectiva comparativa y para plantear cuestiones de carácter más teórico.

¿Son X, Y y Z variables del mismo tipo en los países desarrollados y en los países en desarrollo? ¿O estamos utilizando estructuras causales muy diferentes? ¿Necesitamos teorías completamente distintas para los países desarrollados y para los países en desarrollo?

¿Son las dimensiones D, según las cuales se evalúa P, las mismas en los países desarrollados y en desarrollo? Si tal ocurre, ¿pueden analizarse también las diferencias en términos de magnitud M? Este es el campo de la investigación comparada en el que se han llevado a

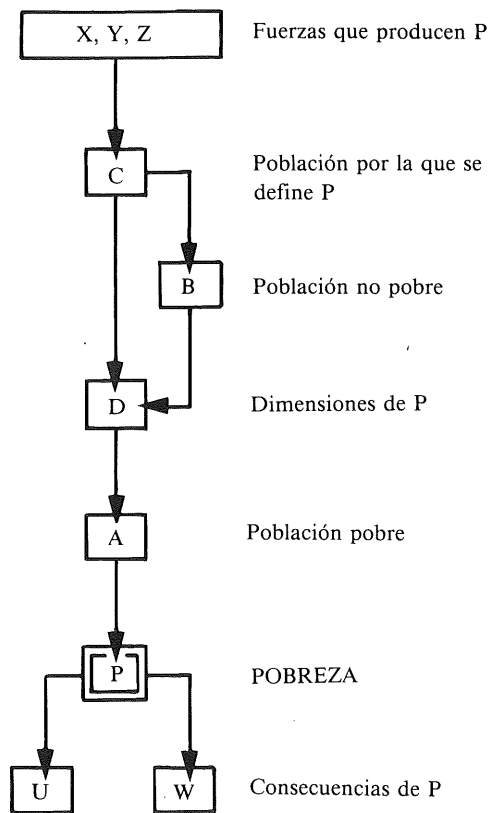


Gráfico 1:  
Ilustración de un esquema simple de pobreza

cabo hasta ahora la mayoría de los estudios, como puede verse en el debate sobre los estudios de indicadores.

El tiempo T es un término analítico ambiguo porque puede referirse tanto al tiempo histórico como al periodo de tiempo que ha durado P y al lapso de tiempo durante el cual ha sido pobre una determinada población A. Dado el supuesto subyacente de fortalecimiento en las teorías relativas a la pobreza, P es una variable esencial en estos tres conceptos. No obstante, hasta ahora parece que se ha investigado escasamente la relación entre T y P, salvo en función de una hipótesis más general: cuanto más dura P, tanto más poderosa es la fuerza autogeneradora en que se convierte perpetuándose a sí misma.

¿Tienen las poblaciones B y C el mismo carácter en los países en desarrollo y en los desarrollados? ¿Existen teorías que nos permitan comparar B, la población no pobre, salvo

en las teorías elitistas? ¿Sabemos algo sobre los mecanismos definidores que actúan dentro de C, algo que sea lo suficientemente general para cubrir la distancia cultural que existe entre países desarrollados y en desarrollo? ¿Hasta dónde nos permiten llegar las teorías sobre la clase, la estratificación social, las clasificaciones, los estigmas o taras, etc.?

Las consecuencias de la pobreza son hechos empíricos a los que nos referimos como investigadores, políticos o seres humanos. Son la consecuencia de procesos que los investigadores procuran elucidar. Las demás variables se formulan y se ponen de relieve únicamente para que se comprenda cómo se producen las consecuencias. ¿Es posible analizar las consecuencias U y W de P en términos comparativos? ¿O bien, la desigualdad que hallamos en estas variables es tan grande que no admiten comparación alguna?

En este ejemplo se ha utilizado una de las definiciones de pobreza propuestas por Townsend como mecanismo heurístico para repensar las comparaciones entre la pobreza de los países desarrollados y la de los países en desarrollo y distinguir las investigaciones sobre las causas de la pobreza, de los estudios sobre los pobres, sobre las consecuencias de la pobreza y sobre las estrategias para hacerle frente. ¿Qué otras ideas podría proporcionarnos el someter al mismo tratamiento otras definiciones de pobreza?

### Definición administrativa de la pobreza

El aumento de los estudios efectuados en los países desarrollados sobre la pobreza, especialmente en los Estados benefactores, parece basarse en una «pobreza definida administrativamente».

Los Estados benefactores distinguen a ciertos grupos (como las personas de edad, los deficientes físicos y mentales, los desempleados, las madres solteras, los grupos con bajos ingresos y las familias numerosas) como posibles beneficiarios de la asistencia pública. Gracias a un sistema de transferencia de fondos del Estado o del municipio, se dá relieve a estos grupos y se les define como indigentes, pobres, desfavorecidos, necesitados, etc. La etiqueta varía, como varían también los crite-



Riqueza y pobreza: las carreras de Ascot, Inglaterra, 1981. John Sturrock/Network. Rapho.

rios que regulan las transferencias. Así, el Estado benefactor *crea* categorías de pobreza. Las definiciones tienen a menudo un carácter pragmático y difieren de un país a otro. La edad de jubilación varía entre 55 y 70 años dentro de Europa, mientras que los criterios para atribuir una pensión por incapacidad van desde la incapacidad estrictamente física a la incapacidad social, siendo en este último caso la pensión un subsidio encubierto de desempleo. La etiqueta de pobreza desaparece detrás de los beneficios generales y reaparece cuando éstos se determinan según los ingresos o se reservan a grupos determinados. Sin embargo, rara vez se utiliza la palabra «pobreza» cuando esas transferencias se examinan en el plano administrativo o público.

Los estudios sobre las definiciones administrativas de la pobreza son cada vez más numerosos, debido, en parte, a la mayor atención que se presta a la investigación aplicada y, en parte, a la nueva tendencia a aceptar las ciencias administrativas como disciplina universitaria. Sin embargo, los estudios centrados sólo en la parte del fenómeno de la pobreza que se define en función de un determinado programa de transferencia (sea en dinero, en especie o de carácter institucional) adolecen (para nuestro propósito) de los errores clásicos de tipo I y II, es decir, de incluir en la muestra una parte de la población no pobre y excluir, en cambio, una parte de la población pobre. Buen ejemplo de ello son los estudios sobre los programas de seguridad social, proyectos de vivienda y umbrales de pobreza. Las personas que reciben algún tipo de subsidio social se definen *per se* como más pobres que el resto de la población, o al menos más pobres que el sector de la población con el que se considera justificado o legítimo comparar su grado de pobreza.

La dificultad de utilizar una definición administrativa de pobreza se agrava cuando se combinan distintas definiciones de ese tipo. Valga como ejemplo el caso del umbral de pobreza o la pensión mínima de jubilación, que sirven además de criterios para conceder otras ayudas sociales como la vivienda subvencionada, el transporte público gratuito y el acceso prioritario a los establecimientos públicos de salud.

En este punto podemos formular por lo menos dos series de preguntas:

¿Qué ideas sobre la pobreza nos proporciona la utilización de las definiciones administrativas de ésta? ¿Dan estas definiciones en el blanco? En caso negativo, ¿cómo evaluamos los errores de tipo I y II respecto de los diferentes programas? En principio los programas sociales están específicamente concebidos para grupos de alto riesgo, es decir, se supone que los grupos seleccionados para que gocen de las transferencias tienen un mayor porcentaje de personas que las necesitan que otros grupos comparables.

Estadísticamente, un grupo de madres solteras con más de un hijo tiene mayores probabilidades de no poder mantener a su familia que un grupo similar de madres casadas con el mismo número de hijos de la misma edad. La definición administrativa de pobreza puede afinarse aún más estudiando el grupo según los ingresos, con lo que disminuye el riesgo de error I pero aumenta el de error II. Aún puede lograrse un mayor afinamiento añadiendo criterios sobre la incapacidad física, mental o educativa. La lista es abierta y puede ampliarse a voluntad. Estas definiciones administrativas ampliadas entrañan hipótesis sobre lo que origina o mantiene la pobreza. Pero, ¿cuál es la base científica real de algunas de esas hipótesis? ¿Qué sabemos de la interrelación entre las variables integradas en las mismas? ¿O vamos a aceptar con demasiada facilidad como instrumento de investigación las definiciones de pobreza establecidas desde hace mucho tiempo por la administración (que, como muy bien sabemos, han sido acuñadas gracias a fórmulas de transacción política y a la influencia de los grupos de intereses)?

La segunda serie de interrogantes se refiere a la utilidad de los estudios de orientación administrativa en lo que atañe a la investigación sobre la pobreza. Tales estudios pueden dividirse en dos grandes grupos. Uno se centra en los programas como tales y el otro en los beneficiarios de los programas. El primero pone la elaboración de los programas relativos a la pobreza en relación con factores externos como las fuerzas políticas y los partidos políticos en el poder, el crecimiento de la industrialización y la urbanización, el desarrollo del Estado y de la administración, la estructura de la economía nacional y la simple transmisión de ideas e ideologías de un país a otro. En la limitada medida en que la pobreza y los pro-



blemas sociales se han abordado explícitamente, se les ha considerado como variables dependientes, por decirlo así, de segundo grado. Los supuestos sobre la pobreza que subyacen en los estudios comparados pueden interpretarse bien como si la pobreza se expresara mediante los programas comparados sobre ella, o como si fuera una constante en los países estudiados, o como si en cuanto tal tuviera menos influencia en la elaboración de los programas a ella relativos que los demás factores antes mencionados. Los historiadores difieren de los politólogos y sociólogos por el modo como han descrito detalladamente las condiciones de vida de los pueblos que sufren de pobreza y las han puesto estrechamente en relación con el establecimiento de programas sociales privados y públicos a lo largo del tiempo (Blom, 1991).

Los estudios que se centran en el consumidor toman como punto de partida la definición administrativa de pobreza en un determinado programa, formulándose preguntas como éstas: ¿En qué medida es eficaz el programa comparado con el objetivo que persigue? ¿Qué otras clases de efectos puede surtir? ¿Cómo utilizan el programa los beneficiarios? ¿De qué otros tipos de estrategias disponen? Los estudios con un objetivo más amplio toman además en consideración la manera como la intervención social afecta a la vida no sólo de los presuntos pobres, sino también de los no pobres no incluidos en el programa, así como a las instituciones sociales y económicas.

En principio los programas modifican o atenúan las consecuencias de la pobreza. ¿Cómo comprendemos teóricamente estas definiciones cambiantes de pobreza? ¿Cómo afectan esos programas a nuestra comprensión de las estructuras causales, toda vez que se supone que aquéllos sirven para amortiguar ciertas fuerzas que originan o mantienen la pobreza?

¿Son de algún modo pertinentes para los países en desarrollo los estudios sobre la pobreza administrativamente definida? ¿Y es posible integrar una comprensión de los efectos de los programas sociales relativos a la pobreza y las cambiantes concepciones de ésta en modelos más generales que no hagan necesariamente referencia al Estado benefactor propio ni a los derechos individualizados propios de Occidente como metas también válidas

para los países en desarrollo? ¿Hay alguna lección que extraer de los comienzos del Estado benefactor y del predominio del mercado antes de ponerse a crear programas sociales? ¿O, por el contrario, son las posibles lecciones más bien de carácter más estratégico, es decir, se trata de comprender cómo se inscribe la pobreza en la lista de asuntos públicos y en qué circunstancias se conceden derechos sociales a los ciudadanos?

### Concepto «visible» de pobreza

Gran parte de las investigaciones relativas a la pobreza han tomado como punto de partida un concepto «visible» de pobreza, es decir, un grupo o categoría identificable de personas cuyas condiciones de vida presentan rasgos tales que intuitivamente se las clasifica de pobres. La noción de cultura de la pobreza (Lewis, 1964) surgió de una definición de este tipo, lo mismo que la concepción de subclase urbana (Wilson, 1987); ambas incorporan una dimensión espacial en su delimitación de la pobreza. Los antropólogos han estudiado la pobreza rural, clasificando a una zona geográfica como más pobre que otra, mientras que los estudios, por ejemplo, sobre estrategias para atender a los pobres se han elaborado entre personas visiblemente pobres sin tener que definir la pobreza (Hundeide, 1991).

En consecuencia, ¿precisan siempre los investigadores de una definición de pobreza? ¿En qué casos basta con emplear un concepto visible de pobreza? ¿Cuándo es un concepto visible sólo un modo de evitar el sinnúmero de dificultades que se presentan al tratar de operacionalizar la pobreza, de decidir qué variables intervienen y qué rasgos esenciales distinguen al pobre del que no lo es? ¿En qué medida es posible operacionalizar los rasgos de una vida que intuitivamente calificamos de pobre? ¿Qué porcentaje de no pobres puede aceptarse en una categoría de pobreza limitada espacialmente para que se la pueda seguir definiendo como tal?

¿En qué medida es útil una definición visible de pobreza para los estudios comparados? ¿Es una definición visible de pobreza más sensible a las variables propias de la cultura, ya que en realidad «visibilidad» e «intuición» nos retrotraen al debate sobre la pobreza como concep-

to relativo? Y, en ese caso, ¿quiénes habrán de ser los jueces? ¿Hemos de utilizar un enfoque consensual (Walker, 1987) o un grupo de validación nacional (Turner, 1990)? ¿O, bien, la base de partida es la totalidad de las condiciones de vida de quienes viven en las barriadas de Bombay o de los miembros de la subclase urbana de Chicago a los que indiscutiblemente podemos clasificar como pobres?

Se ha intentado definir y evaluar la subclase urbana de los Estados Unidos. Una de las definiciones, formuladas en términos conductistas, propone que «puedan utilizarse las zonas de extrema pobreza como medio de determinar los puntos de concentración de los problemas sociales», por ejemplo, familias cuya cabeza es una mujer, jóvenes que no asisten a la escuela, familias dependientes de la asistencia social y jóvenes que no se han incorporado a la fuerza de trabajo (Ricketts y Sawhill, 1988). En un resumen de las investigaciones sobre la subclase estadounidense se hace hincapié en que el carácter duradero de la pobreza, la vejez, las deficiencias físicas y mentales y las familias cuya cabeza es una mujer son las variables estudiadas que entrañan el riesgo más alto para que una persona pertenezca a la subclase urbana. Sin embargo, se consideran muy raros los casos de pobreza que duran toda la vida (Ruggles y Marton, 1986). Pero ¿son estas variables significativas cuando se trata de establecer una comparación entre Bombay y Chicago una vez que hemos incorporado al análisis, por ejemplo, las diferencias en punto a estructura familiar, índice de desempleo y acceso a la educación?

Los autores de los dos estudios antes mencionados calculan, cada uno por su lado, que el número de personas pertenecientes a la subclase urbana en los Estados Unidos varía entre medio millón y dos millones. Quizá no esté fuera de lugar preguntarse hasta qué punto es visible la definición «visible» de pobreza. Pero más importante es aún preguntarse si la necesidad administrativa y política de medir la pobreza tomando como base los derechos individuales no está llevando la investigación comparada a un callejón sin salida.

### Teorías sobre la pobreza

No hay *una sola* teoría de la pobreza, global o predominante, y es posible que jamás la haya.

Existen teorías sobre la pobreza en todas las ciencias sociales y, aunque el intercambio de conceptos e ideas entre las distintas disciplinas es cada vez mayor, algunas de esas teorías parecen estar cómodamente instaladas dentro de los límites de una disciplina determinada. Ello se debe en parte a los instrumentos metodológicos particulares de cada disciplina.

Tenemos teorías sobre los macro, meso y microniveles, que van desde una teoría explicativa muy amplia hasta fragmentos de teoría. Las teorías giran en torno a la noción general de pobreza, a determinados fenómenos que se suponen ser causa de la pobreza (por ejemplo, el desempleo), a las consecuencias de la pobreza, a la vida del pobre, a la intervención pública y a las estrategias individuales.

El panorama es complejo y lo es aún más cuando los especialistas que las utilizan y otras personas dan a las distintas teorías denominaciones y explicaciones diferentes.

Al lego en la materia le parece que numerosas teorías tienen mucho en común una vez que se las despoja de la jerga particular de cada disciplina. En cambio, para los especialistas algunas de esas teorías son paradigmáticas, otras no.

Entre los principales enfoques pueden señalarse los siguientes: teoría de la desigualdad; teoría de la distribución de los recursos; teoría de las instituciones distributivas; teoría de la estratificación; teoría de las clases; teoría neomarxista; teoría de la marginalización; teoría de la pobreza relativa; teoría de la desviación; teoría del acceso; teoría del sexo; teoría del cambio social; teoría del desarrollo; teoría de la modernización; teoría del crecimiento económico; teoría de la cultura de la pobreza; y teoría de la supervivencia. Si bien no cabe duda de que estos distintos enfoques esclarecen aspectos de la pobreza, el problema principal parece consistir en elaborar un plano intelectual en el que puedan evaluarse de manera más sistemática los puntos fuertes y los flacos de las distintas teorías y las relaciones entre éstas. ¿Necesitamos para ello un vocabulario común? ¿O nos basta con un vocabulario más preciso en el que se definan claramente los conceptos y se enuncien con precisión las relaciones entre las variables? ¿O bien es necesario renovar el trabajo de base en cada disciplina antes de que el debate sobre las teorías pueda llevarse a un plano interdisciplinario e intercultural?



La pobreza es algo que emotiva e ideológicamente pertenece a numerosos grupos, y el lenguaje se emplea como vehículo para expresar sentimientos relativos a los males sociales. El lenguaje de los políticos, las autoridades, los altos funcionarios, el público y los medios de comunicación interfieren en la percepción que tienen los investigadores de la pobreza, y los excesos de teorización sobre la pobreza son evidentes. El panorama es tal que a veces resulta difícil distinguir claramente los hechos o seguir un debate teórico, porque se supone que los conceptos forman parte de un vocabulario común, cuando en realidad no es así. Si éste es un rasgo dominante de la investigación sobre la pobreza, nuestro patrimonio cultural se convierte en un serio obstáculo para el pensamiento analítico. Tal vez haya razones para elaborar un vocabulario que sea específico o, mejor, ajustado al análisis de la pobreza.

Para empezar podemos comparar por pares los diferentes enfoques teóricos y preguntarnos sistemáticamente cuáles son las relaciones teóricas reales entre ellos. ¿Tienen conceptos en común y se definen éstos de la misma manera? ¿Tienen hipótesis en común y se formulan del mismo modo? ¿Qué lecciones cabe extraer de las diferencias observadas y cómo pueden formularse de otra manera? Aunque parezca un ejercicio tedioso, tal vez no exista otra forma de actuar si queremos construir una sólida base teórica.

Los problemas empiezan cuando no existe un cuerpo teórico unificado, sino sólo un núcleo de ideas, como sucede con las teorías del desarrollo (Todaro, 1977:51).

Las teorías no sólo se instalan cómodamente en el marco de cada disciplina, sino que además parecen confinarse a sus anchas dentro de ciertos niveles analíticos, con lo que separan los microtemas de los meso y macrotemas. Sorbo muestra, por ejemplo, cómo la agregación de los comportamientos de las microunidades es incapaz de captar la dinámica gracias a la cual éstas «en parte se anulan mutuamente, en parte se destruyen unas a otras y en parte se estimulan y refuerzan» (1987:11). No es difícil dar con otros ejemplos. Por ejemplo, ¿cómo asimilan las teorías de la marginalización los conocimientos que entrañan las teorías de la supervivencia?; o ¿cómo encajan las teorías de las instituciones distributivas en el enfoque fenomenológico

consistente en describir la vida cotidiana de los pobres y la forma como se vive la pobreza?

Uno de los mayores problemas que en el futuro van a plantearse a la investigación será sin duda alguna cómo relacionar teóricamente los diferentes niveles analíticos.

## Consecuencias de la pobreza

La pobreza es un nombre colectivo que se da a un conjunto heterogéneo de consecuencias producidas por fuerzas especificadas y no especificadas (cuyo carácter se formula de diversas maneras según las distintas teorías). Por una parte, están las consecuencias dramáticas que tiene para las personas y los hogares, cuya magnitud han descrito con detenimiento escritores y expertos en ciencias sociales. Por otra, están las consecuencias que entraña para la comunidad y la sociedad, que a su modo no son menos dramáticas. No cabe duda alguna de que la estabilidad y el tejido social de los países en desarrollo se ven amenazados por la pobreza. En Sri Lanka se previeron desórdenes sociales cuando, por intervención del Fondo Monetario Internacional, se redujeron ciertos subsidios sociales exiguos pero básicos (Rupesinghe, 1986). Más sorprendente aún es comprobar que las consecuencias de la pobreza amenazan a uno de los países más ricos del mundo, Estados Unidos. «El problema más grave es la forma como una cultura de subclase, cada vez más generalizada, está minando la capacidad productiva, la vida familiar, la integración social y, en último término, la estabilidad política del país.» (Peterson, 1991:9).

Herbert Gans (1973) escribió un artículo muy sugerente sobre las funciones de la pobreza. Por desgracia, el debate subsiguiente se centró más en el funcionalismo que en la pobreza. Al margen del enfoque funcionalista, los quince grupos de funciones esbozados por Gans pueden calificarse acertadamente como quince consecuencias de la pobreza.

Según Gans, la relación teórica entre los pobres y los no pobres es muy estrecha. La idea general es que la pobreza obliga a las personas a realizar determinadas actividades porque no les queda otra opción. Esto, a su vez, libera a los no pobres de efectuar la misma clase de actividades o les brinda ciertas ventajas que de otra manera no habrían podi-

do obtener. Dada la actual organización económica y social de los países (desarrollados), algunas de esas actividades son necesarias para que la sociedad pueda funcionar normalmente. Otras pueden considerarse simbólicas y entrañan valores diferentes según los países. Y todavía hay otras que sirven para distinguir a los no pobres de los pobres. Así, es más probable que éstos efectúen los trabajos sucios y humildes que aquéllos evitan a toda costa. En general, tales trabajos están mal pagados. Igualmente, es más probable que los pobres compren bienes y alimentos de segunda mano y baja calidad, prolongando así la utilidad económica de los productos. Y es más probable que los pobres recurran a médicos, abogados y maestros de segunda categoría, de los que huyen los no pobres, sosteniendo así su actividad profesional. La impotencia política de los pobres los convierte en presa más fácil para soportar las consecuencias de los cambios económicos y sociales como la reconstrucción de los centros urbanos y la industrialización. Desde el punto de vista simbólico, los pobres contribuyen a mantener la legitimidad de las normas dominantes gracias a los ejemplos de desviación que ofrecen. Los pobres sirven además de circunscripciones electorales y de oponentes simbólicos para distintos grupos políticos, sin que realmente participen en política ni se les pregunte por sus preferencias. El simple acto de distinguir a los pobres de los no pobres contribuye a garantizar la condición de estos últimos. Y es más probable que a los hijos de los pobres les toque el papel de perdedores en el ámbito del sistema educativo y del mercado de trabajo, con lo que garantizan relativamente la existencia de un número mayor de ganadores entre los no pobres y los ayudan en su ascenso social.

Townsend concluía su monumental estudio sobre la pobreza con seis recomendaciones con vistas a dar un «asalto eficaz a la pobreza». Las dos primeras son la suspensión de la riqueza e ingresos excesivos (1979:926), con lo que el autor desplaza el centro de atención de los pobres hacia los no pobres y pone de realce las consecuencias del estilo de vida de los ricos para la definición de la pobreza y la vida de los pobres.

En su análisis de las consecuencias de la hambruna, Sen ha mostrado claramente las amenazas que plantea la pobreza a los no po-

bres y el interés que éstos tienen en evitar una pobreza excesiva de las masas (1982).

En su «Basic Needs Satiation Index», Cohen introduce un índice de desperdicio como medida del consumo superfluo (1986:111). La atención se desplaza hacia quienes pueden consumir con lo que se supone que el consumo excesivo se realiza a expensas de quienes no pueden consumir.

Una de las primeras cuestiones que cabe plantear es si las investigaciones sobre la pobreza en esta fase son más fructuosas en caso de realizarse como estudio de las consecuencias sociales que de las consecuencias individuales de la misma. ¿Cuál es la relación empírica entre las consecuencias en el plano individual y en el plano social? ¿Hasta dónde nos llevan las teorías sobre la pobreza cuando el interés se desplaza de un nivel a otro?

El segundo tipo de interrogantes que pueden plantearse consiste en si las investigaciones sobre la pobreza en esta fase son más útiles en caso de realizarse como estudio de la población no pobre que no de la población pobre. ¿Es posible estudiar la una sin la otra? ¿Hasta dónde nos llevan las teorías sobre la pobreza cuando el interés se desplaza de la población pobre a la población no pobre? En este punto cabe ampliar aun más el argumento si se modifica la unidad de análisis de modo que no sean ya los grupos de población sino los países. La atención se dirigirá entonces a la compleja relación entre los países pobres y los no pobres, con lo que los estudios sobre éstos formarán parte consustancial de la investigación sobre la pobreza en el mundo.

La tercera serie de preguntas se refiere a la diferenciación entre las distintas consecuencias. ¿Qué consecuencias son las «más importantes», para quién son importantes y en qué marco se juzga de su importancia? Si se adopta una perspectiva basada en el sexo, las consecuencias de la pobreza extrema son más duras para la mujer (Rose, 1986; Cass, 1988). Si se adopta una perspectiva generacional, las consecuencias de la pobreza extrema resultan más duras para los niños y para las personas de edad (Cass, 1989; FAO, 1990). Pero en algunos tipos de economía estos grupos contribuyen en menor medida a la economía nacional formal, representando más que otra cosa una pérdida de recursos humanos en una economía con exceso de fuerza de trabajo.

Hasta ahora hemos presentado un panorama bastante sencillo. A fin de centrar la atención en las cuestiones básicas hemos dejado de lado todo el debate relativo a las consecuencias de la pobreza que a su vez se convierten en causas de la misma, fortaleciendo así las consecuencias, ampliando las múltiples causas y sustentando la pobreza en las familias, la comunidad, la sociedad en general y tal vez incluso a lo largo de varias generaciones (Shlonsky, 1987).

Parece que nos enfrentamos aquí con el doble problema de allanar la complejidad de una gran variedad de consecuencias interdependientes, mientras al mismo tiempo hemos de ordenar las diversas explicaciones, de esas consecuencias que se han venido elaborando en el marco de los distintos enfoques teóricos.

### Comentarios finales

Investigar sobre la miseria de los demás sitúa siempre al investigador en un punto en el que es muy difícil distinguir entre conducta ética y no ética.<sup>3</sup>

La pobreza en algunos de los países en desarrollo es extrema, y la magnitud de los problemas complejos e interdependientes con que se enfrentan los países en desarrollo es tal que incluso un gran esfuerzo de investigación surtiría poco o ningún efecto.

¿Es razonable hacer hincapié en cuestiones teóricas cuando es tanto lo que hay que hacer? ¿Es la investigación aplicada, centrada en problemas inmediatos, una solución más adecuada?

Sabemos que los investigadores en ciencias sociales han participado activamente en los programas de ayuda a los países en desarrollo, aunque no siempre con éxito. Las técnicas de análisis y de conceptualización han resultado deficientes, tanto teóricamente como políticamente (Calderón y Piscitelli, 1990). Si la ciencia social teórica, así como sus teorías sobre la pobreza, han sido demasiado débiles a la hora de darnos consejos útiles, sería muy conveniente formular bases teóricas más adecuadas para los proyectos futuros.

Es conocida la notoria y decidida voluntad de participación de agentes «externos» como políticos, administradores y representantes de las organizaciones internacionales, de las organizaciones voluntarias y de los medios de comunicación. Todos piden con insistencia respuestas rápidas, un número limitado de variables que puedan traducirse en medidas políticas y la posibilidad de utilizar un análisis simplificado. Todos ofrecen una recompensa, sea en dinero o en especie. Tal actitud es comprensible. Los agentes externos no hacen más que cumplir con sus funciones. Pero la presión es contraproducente para la inversión intelectual a largo plazo que parece requerir la investigación sobre la pobreza.

En este trabajo hemos evitado hablar de políticas o estrategias concretas con vistas a reducir la pobreza, como la intervención pública y los programas de otro tipo destinados a combatirla. En muchos casos se han hecho fracasar las investigaciones por haber escogido las estrategias de manera apriorística. Más bien habría que preocuparse sobre todo por tener una idea clara de la teoría subyacente para escoger la estrategia, seleccionar el tipo de datos empíricos en los que se va a basar la teoría y estudiar cómo se define y operacionaliza la pobreza. Si se considera acertada una estrategia, el objetivo principal consistirá en determinar las dimensiones según las cuales se evalúa el éxito y esclarecer el marco dentro del cual se considera que la estrategia tiene éxito.

Hemos adoptado el método de formular preguntas y no de proponer respuestas. No siendo como no es una investigadora de la pobreza, la autora se ha situado en el punto de vista más general de las ciencias sociales. La desventaja es obvia. La ventaja es no ser se-cuaz de ningún modelo o enfoque metodológico y mantener la distancia propia de un observador no comprometido. En efecto, tal vez en la investigación sobre la pobreza, como en otros muchos campos, un enfoque multimodé-lico sea en último término el más acertado.

*Traducido del inglés*

## Notas

La autora quisiera dar las gracias al Centro de Investigaciones sobre Política Social, Universidad de Nueva Gales del Sur, Sydney, Australia, por la ayuda que me prestó mientras escribía este trabajo facilitándome espacio y biblioteca y presentándome a generosos colegas. El presente artículo constituyó la base de un seminario sobre «El futuro de la investigación internacional sobre la pobreza», que tuvo lugar en septiembre de 1991 en Bergen, Noruega. Se está creando una red

de expertos que llevan a cabo investigaciones comparadas sobre la pobreza. Quienes se interesan por la cuestión pueden ponerse en relación con Stephen Mills, Secretario General Adjunto, Secretaría del CICS, UNESCO, 1, rue Miollis, 75732 París Cedex 15, Francia.

1. No estoy planteando aquí el difícil problema de utilizar en los estudios comparados el concepto de «país» como unidad de análisis. Véase Henry Teune,

«Comparing Countries: Lessons Learned», en E. Oyen (comp.), *Comparative Methodology. Theory and Practice in International Social Research*, Sage 1990.

2. CROP está preparando un simposio sobre los problemas éticos de la investigación relativa a la pobreza, y trabaja para crear un clima en el que los investigadores de los países pobres puedan participar en relación simétrica con los de los países ricos.

## Referencias

- Andersen, J., y J. Henriksen, J.E. Larsen y P. Abrahamsen; *Fattigdommens sociologi*, Sociologisk Institut, Universidad de Copenhague, 1987.
- Andersen, John, y Jorgen Elm Larsen; *Fattigdom i velfærdsstaten*. Samfundslitteratur, Copenhague, 1989.
- Atkinson, A.B.; *The Economics of Inequality*, Oxford University Press, 1984.
- Atkinson, A.B.; *Poverty and Social Security*, Harvester Wheatsheaf, 1989.
- Atkinson, A.B.; «Comparing poverty rates internationally: Lessons from recent studies in OECD countries», Suntory-Toyota International Centre for Economics and Related Discipline, Londres.
- School of Economics, Londres, 1990.
- Blom, Ida; Informe oral sobre los estudios acerca de la viudedad en Noruega, 1991.
- Brown, Joan C.; (comp); *Anti-Poverty Policy in the European Community*, Policy Studies Institute, Londres, 1984.
- Calderón, Fernando y Piscitelli, Alejandro; «Paradigm Crisis and Social Movements: A Latin American Perspective», en E. Oyen, *op. cit.*, 1990.
- Cass, Bettina; «The feminization of poverty», en B. Caine, E.A. Grosz y M. de Lepervanche, (comp.), *Crossing Boundaries – Feminisms and the Critique of Knowledges*. Allen & Unwin, 1988.
- Cass, Bettina; «Children's poverty and labour market issues: confronting the causes», en D. Edgar, D. Keane y P. McDonald, (comp.), *Child Poverty*, Allen & Unwin, 1989.
- Cohen, Suleiman; «A Comparative Study of Needs and Their Satisfaction», *Bulletin European Association of Development Research and Training Institute*, 1, junio de 1986.
- Dean, Mitchell; *The Constitution of Poverty: Toward a Genealogy of Liberal Governance*, Routledge, Londres, 1991.
- Donnison, David; «Defining and Measuring Poverty. A Reply to Stein Ringen», *Journal of Social Policy*, 17 (3), 367-374 (1988).
- Duncan, Greg. J., y otros; *Years of Poverty. Years of Plenty*, University of Michigan, 1984.
- Ferge, Sz., y S.M. Miller, (comp.); *Dynamics of Deprivation*, Gower, Londres, 1987.
- Flik, Robert J., y Bernard M.S. Van Praag; «Subjective Poverty Line Definitions», Universidad Erasmo, Rotterdam, 1990.
- Gans, Herbert; «The Positive Functions of Poverty», *American*

- Journal of Sociology*, 78 (2), (1973).
- George, Vic, *Wealth, Poverty and Starvation. An International Perspective*, St. Martin's Press, Nueva York, 1988.
- Germani, Gino; *Marginality*, Transaction Books, 1980.
- Hagenaars, A. M.; *The Perception of Poverty*, Elsevier Science Publishers, 1986.
- Hansen, Erik Jorgen; *Fordelingen av Levekarene*, Bd. 1. Socialforskningsinstituttet, Copenhagen, 1978.
- Hansen, Erik Jorgen; *The Concept and Measurement of Poverty*, Socialforskningsinstituttet, núm. 29. Copenhagen, 1989.
- Haveman, Robert; «The War on Poverty and Social Science Research, 1965-1980», *Research Policy* 15, págs. 53-65 (1986).
- Henrichsen, Kristofer; *Den internasjonale fattigdomsforskningen. Et potensial for norsk forskning og sosialpolitikk?*, Helse- og sosialpolitikk, Universidad de Bergen, 1990.
- Henry, Paul-Marc, (comp.); *Poverty, Progress and Development*, Kegan Paul International, UNESCO, 1991.
- Hundeide, Karsten; «The World of Slum-Dwellers», manuscrito, Universidad de Bergen, 1991.
- Koht Norbye, Ole David, (comp.); *Bangladesh Faces the Future*, The University Press Limited, Dhaka, 1990.
- Lane, J.-E.; «Data Archives as Instruments for Comparative Research», en E. Oyén, *op. cit.*, 1990.
- Leibfried, Stefan; «Comments on the paper «Young workers in Germany» por Franz Hiss y otros, París, 1991.
- Leibfried, Stefan; «Towards a European Welfare State? On the Integration Potentials of Poverty regimes in the EC», Proyecto, Universidad de Bremen, 1991.
- Lewis, Oscar; *The Children of Sanchez*, Penguin Books, 1964.
- Lind, Niels; «Safety Management and Social Progress», Institute for Risk Research, Universidad de Waterloo, 1991.
- Laginkomstutredningen*, Arbetsgruppen för laginkomstfragor. Estocolmo, 1971.
- Marshall, T.H.; *Class, Citizenship and Social Development: Essays*. Doubleday, Nueva York, 1964.
- Marshall, T.H.; «Poverty or Deprivation?», *Journal of Social Policy*, 10 (1), 81-87 (1981).
- Myrdal, Gunnar; *The Challenge of World Poverty. A World Anti-Poverty Program in Outline*, Vintage Books, Nueva York, 1971.
- NOU 1976: 28*, Levekarsundersøkelsen, Sluttrapport.
- Oyén, Else, (comp.); *Comparing Welfare States and Their Futures*, Gower, 1986.
- Oyén, Else, (comp.); *Comparative Methodology, Theory and Practice in International Social Research*, Sage, 1990.
- Peterson, Paul E.; «The Urban Underclass and the Poverty Paradox», en Christopher Jenks y Paul E. Peterson, *The Urban Underclass*, Brookings, Washington D.C., 1991, págs. 3-27.
- Piachaud, D.; «Problems in the Definition and Measurement of Poverty», *Journal of Social Policy*, 16 (2), 147-164 (1987).
- Rainwater, Lee; «Poverty and Equivalence as Social Constructions», Working Paper 55, Luxembourg Income Study, agosto de 1990.
- Ricketts, Erol R., y Sawhill, Isabel V.; «Defining and Measuring the Underclass», *Journal of Policy Analysis and Management*, 7 (2), 316-325 (1988).
- Ringen, Stein; «Direct and Indirect Measures of Poverty», *Journal of Social Policy*, 17 (3), 351-365 (1988).
- Roach, J.L., y Roach, J.K., comp.; *Poverty*, Penguin, 1972.
- Rose, Hilary; «Women and the Restructuring of the Welfare State», en E. Oyén, *op. cit.*, 1986.
- Ruggles, Patricia y Marton, William P.; «Measuring the Size and Characteristics of the Underclass: How Much Do We Know?», Texto mimeografiado, The Urban Institute, Washington D.C., 1986.
- Ruggles, Patricia; *Drawing the Line. Alternative Poverty Measures and Their Implications for Public Policy*, The Urban Institute Press, Washington, 1990.
- Rupesinghe, Kumar; «The Welfare State in Sri Lanka», en E. Oyén, *op. cit.*, 1986.
- Shlonsky, Hagith; «Selection int. Poverty: A Re-examination of the Intergenerational Cycle of Poverty», en Z. Ferge y S.M. Miller, *op. cit.*, 1987.
- Saunders, Peter, y Whiteford, Peter; «Measuring Poverty: A Review of the Issues», Economic Planning Advisory Council, Australian Government Publishing Service, Canberra, 1989.
- Saunders, Peter; «An Ever Rising Tide? Poverty in Australia in the Eighties», en C. Kearney y G. Mahoney (comp.), *The Australian Economy under Labor*, se publicará en 1991.
- Sen, A.; *Poverty and Famines. An Essay on Entitlements and*

- Deprivation*, Oxford University Press, Londres, 1982.
- Sen, A.; «Poor, relatively speaking», *Oxford Economic Papers*, 35, 153-169 (1983).
- Sen, A.; «A sociological approach to the measurement of poverty: A reply to professor Peter Townsend», *Oxford Economic Papers*, 37, 669-675 (1985).
- Smeeding, Timothy M., O'Higgins, Michael, y Rainwater, Lee, (comp.); *Poverty inequality and income distribution in comparative perspective: the Luxembourg Income Study (LIS)*, Urban Institute Press, Washington, 1990.
- Smith, D.; «Textually Mediated Social Organisation», *International Social Science Journal*, 99, 59-75.
- Sørbo, Gunnar; «Has the World Bank Abandoned its Focus on Poverty Alleviation?». Centre for Development Studies, Universidad de Bergen, 1987.
- Tendulkar, Suresh D.; «Strategies for Reducing Economic Inequalities and Alleviating Poverty. An Indian Perspective», Delhi School of Economics, 1982.
- Teune, H.; «Comparing Countries: Lessons Learned», en E. Oyen, *op. cit.*, 1990.
- Titmuss, Richard M.; *Commitment to Welfare*, Allen and Unwin, Londres, 1968.
- Todaro, M.P., *Economics for a Developing World*, Longman, 1977.
- Townsend, P.; *Poverty in the United Kingdom. A survey of household resources and standards of living*, Penguin, 1979.
- Townsend, P.; «A sociological approach to the measurement of poverty – a rejoinder to professor Amartya Sen», *Oxford Economic Papers*, 37, 659-668 (1985).
- Townsend, P.; «Deprivation», *Journal of Social Policy*, 16 (2), 125-146 (1987).
- Turner, Ralph H.; «A Comparative Content Analysis of Biographies», en E. Oyen, *op. cit.*, 1990.
- Veit-Wilson, J.H.; «Paradigms of Poverty: A Rehabilitation of R.S. Rowntree», *Journal of Social Policy*, 15 (1), 69-99 (1987).
- Walker, R.; «Consensual Approaches to the Definition of Poverty: Towards an Alternative Methodology», *Journal of Social Policy*, 16 (2), 213-226 (1987).
- Wearing, Michael; *The Documentation of the Poor: surveillance and control in the welfare agencies*, Ph. D, Universidad de Nueva Gales del Sur, Australia, 1989.
- Weinberg, Daniel H.; «A Poverty Research Agenda for the Next Decade». Universidad de Wisconsin-Madison, 1985.
- Wilkinson, R.G.; «Class Mortality Differentials, Income Distribution and Trends in Poverty 1921-1981», *Journal of Social Policy*, 18 (3), 307-335.
- Wilson, William Julius; *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*, University of Chicago Press, 1987.
- The Perception of Poverty in Europe in 1989*, Poverty 3. Eurobarometer, Comisión de las Comunidades Europeas, 1990.
- Informe sobre el Desarrollo Humano (1991). Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- OIT. Boletín de Estadísticas del Trabajo, 1990.
- Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo. *Nuestro futuro común*. (Informe Brundtland). Ginebra, 1987.